



DOMINGO CATEQUÉTICO

18 DE SEPTIEMBRE DE 2011

Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos

Haced  
esto en  
commemoración  
mía



---

## La fuente del amor: Cómo los padres de familia forman a los hijos para participar en oración en la Eucaristía

*por J. David Franks, PhD, y Angela Franks, PhD,  
Instituto Teológico para la Nueva Evangelización  
de Saint John's Seminary, Boston*

---

Ser comprendido y amado. No existe en nosotros un hambre y sed más profundos; ni en los niños un deseo tan profundo. ¡Qué privilegio el del catequista el de tener un papel que desempeñar en formar a los jóvenes para el verdadero amor! Pero esto depende sobre todos en si los padres de familia organizan activamente una vida doméstica marcada por el ritmo de la “fuente y cumbre de toda la vida cristiana” —la Eucaristía—. El catequista debería buscar oportunidades mediante las que ayudar a los padres en esto. Esperamos que los consejos prácticos que presentamos aquí resulten útiles.

### **La Eucaristía moldea el deseo humano según el deseo de Dios**

Criar a hijos de manera que puedan amar verdaderamente requiere que prestemos una agotadora atención a que dejen de esperar gratificación instantánea. Como padres a menudo tenemos que decir no a nuestros hijos porque así estamos diciendo sí a su felicidad. Queremos capacitarlos para que crezcan en la libertad de la virtud,

la cual se puede entregar a los demás sin reserva, así sea en el matrimonio, el sacerdocio, la vida religiosa o como un don célibe de darse a sí mismo “en el mundo”. Pero, ¿cómo puede un amor capaz de sacrificarse ser cultivado en una cultura de auto-gratificación consumista? ¿Cómo puede florecer el amor en la era digital, la cual intercambia sabiduría por diversión? ¿Cómo puede sobrevivir el amor en la cultura de frívolos encuentros sexuales?

La Eucaristía hace que esto sea posible. Dios se da a sí mismo para satisfacer nuestra hambre y sed de amor. Es dentro del amor de Dios donde surgen todas las posibilidades humanas. “El amor que Dios nos tiene se ha manifestado en que envió al mundo a su Hijo unigénito, para que vivamos por él. El amor consiste en esto: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó primero y nos envió a su Hijo, como víctima de expiación por nuestros pecados” (1 Jn 4:9-10).

El amor indomable que Dios Padre nos tiene lo lleva, podríamos decir, a sacrificar su todo, su único Hijo, Jesús. En la Eucaristía el Hijo se ofrece a sí mismo al padre por el poder del

Espíritu Santo mientras que, a la a vez, se ofrece a nosotros en el altar. Después de la consagración allí está él sobre el altar. Bajo la apariencia del pan y el vino, allí está Jesús y solo Jesús— presente real y verdaderamente—en el misterio de su pasión, muerte y Resurrección.

¿Por qué elije Jesús hacerse tan indefenso, venir bajo la apariencia del pan y el vino? No sólo porque el hombre tiene hambre y sed de Dios. Más bien es Dios quien primero desea al hombre. Estos dos deseos —uno divino, otro humano— se encuentran en la Eucaristía. En cada capilla de las Misioneras de la Caridad, junto al crucifijo, están escritas las palabras “Tengo sed”. La Beata Teresa de Calcuta lo dijo sencillamente: “Jesús es Dios y por lo tanto su amor, su sed es infinita” (citado en Joseph Langford, *Mother Teresa’s Secret Fire* [El fuego secreto de la Madre Teresa], [Huntington, IN: OSV Press, 2008], 301 [v.d.t.]).

Pero cuando Dios ama, Dios no se ayuda a sí mismo. Se da a sí mismo. Solo la cruz-Eucaristía puede satisfacer el hambre y la sed que tenemos de una intimidad sin límites. Solo por el poder del don de la entrega de sí mismo de Jesús podemos verdaderamente adentrar en los demás mediante una unión real de mente y corazón. Ninguno de nuestros amores es correspondido hasta que se encuentra dentro de la vida de Dios. ¿Durante cuánto tiempo permanecerá su amor por nosotros sin ser correspondido?

## Si Cristo entrara en nuestra casa

¿Cómo criamos a nuestros hijos para que estén listos para responder a este amor eucarístico eterno? Muy a menudo asumimos que los niños no pueden entender el amor de Dios y por eso los alimentamos con meras migas de la verdad, las cuales no pueden saciar el hambre que tienen del Dios infinito. En vez de esto, deberíamos darles alimento que sea tanto digestible como nutritivo.

Los niños son pensadores concretos. La vida familiar debe preparar de maneras concretas a los niños para la Eucaristía. Cristo en la Eucaristía nos ama ofreciéndose a sí mismo al Padre. El amor eucarístico es amor sacrificial. “Y puesto que en este divino sacrificio que se realiza en la Misa, se contiene e inmola incruentamente el mismo Cristo que en el altar de la cruz se ofreció a sí mismo una vez de modo cruento” (Concilio de Trento [1562], citado en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, segunda edición [© 2001, Libreria Editrice Vaticana–United States Conference of Catholic Bishops, Washington, D.C.] [CIC], no.1367). También nosotros nos podemos ofrecer de una manera incruenta, elevando los acontecimientos de nuestra vida diaria como sacrificios de alabanza al Padre.

En el *Misal Romano* el sacerdote dice: “Orad, hermanos, para que este sacrificio, mío y vuestro, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso” (énfasis añadido). El bautismo da a cada uno de los cristianos el poder para ofrecerse a sí mismo —incluidas cada una de nuestras buenas obras, sin importar lo sencillas que sean, así como nuestro sufrimiento, grande o pequeño, que nos acucian en nuestra vida diaria— como

un ofrecimiento de acción de gracias a Dios como parte del gran y 'único ofrecimiento que Jesús hace de sí mismo al Padre. "Ofréceselo a Dios" es el modelo eucarístico de la vida cristiana. Las condiciones para vivir el verdadero amor en la vida diaria son las condiciones para una participación "consciente, activa" en la Misa, y de hecho para una oración auténtica.

Si nosotros, padres de familia, tenemos en cuenta que nuestros hijos necesitan que nuestros hogares sean escuelas de paciencia, de quietud, de silencio (las condiciones esenciales para una vida interior llena de vitalidad), entonces seguro que nos vienen a la cabeza ciertos pasos prácticos a tomar. Si estar ocupados nos consume como adultos, el paso frenético del mundo invadirá el espíritu de nuestros hijos. La paz de Cristo debería ser palpable en nuestros hogares. Esto requiere que nuestras propias vidas de oración sean vigorosas y constantes y que recemos juntos como familia. El bendecir los alimentos antes de las comidas es crucial (así como lo es el comer juntos). La Iglesia anima a los laicos a ejercer su sacerdocio común orando la Liturgia de las Horas, como la que se puede encontrar en *Shorter Christian Prayer* [Oración Cristiana Breve] (y también modificada en la hermosa publicación periódica *Magnificat*). La estructura de la Oración de la Noche ("Completas") sirve bien para la oración a la hora de irse a acostar. Rezar el Rosario juntos nos baña con la presencia llena de gracia de nuestra Santísima Virgen María. Si es posible, ir juntos a Misa por lo menos unas pocas veces durante la semana marcará una diferencia decisiva en el espíritu del hogar, así como lo hará la adoración eucarística.

Para establecer el ritmo de paz necesario vale la pena considerar en oración el establecer límites importantes a la cantidad de televisión que vean nuestros hijos. Además de la oración, el dejar de ver televisión ha sido quizá la decisión más beneficiosa que nosotros mismos hemos tomado por el bien de nuestros hijos. A medida que los hijos se hacen mayores es esencial que controlemos con qué asiduidad "se conectan" (por ejemplo, a videojuegos o música) y hasta qué grado están involucrados en las redes sociales. El ruido y las banalidades constantes destruyen el gusto por la oración, nuestra habilidad para ver cada día como algo que ofrecer a Dios y el reconocimiento del hambre profunda en nuestro interior del amor verdadero de Dios. Nuestros hijos aspiran por naturaleza al conocimiento y amor infinitos. Pero los ejecutivos de mercadotecnia y comerciales quieren que nos rasquemos todos y cada uno de nuestros picos consumistas; actitud que también refleja la cultura sexual dominante. Nuestros hogares deben ofrecer ese tono elevado que permite que las aspiraciones de nuestros hijos al amor infinito y verdadero se desarrollen.

Un tono elevado: esta es la principal característica de la nueva traducción al inglés del *Misal Romano*. Cuanto más llevemos ese tono a nuestros hogares más prosperarán nuestros hijos. Podríamos, por ejemplo, escribir la oración colecta de la Misa del domingo anterior y colocarla en la puerta del refrigerador.

Hay que hacer que los niños usen todos sus sentidos. La belleza hace que nos desliguemos de lo mundano y del

egocentrismo y nos dirige hacia esa corriente vertical de lo trascendente. Llenar nuestras casas de estatuas (cuanto más bonitas mejor), de reproducciones de obras de arte (de temática religiosa o no), de buenos libros, de música clásica, de crucifijos e incluso de incienso a la hora de rezar antes de acostarnos causarán un impacto profundo en los niños.

Cuando nosotros, como padres de familia, rezamos pidiendo la sabiduría del Espíritu Santo, recibimos la inspiración necesaria para tomar los pasos prácticos necesarios para transformar nuestros hogares en escuelas de amor. Podemos decir, con mayor veracidad que el Fausto de Marlow: “vean, vean donde la sangre de Cristo corre por el firmamento” [v.d.t.]. De hecho, vean, vean el imparable torrente del amor de Dios siguiendo su curso por los intersticios de la vida diaria, brotando de su corazón herido en la cruz (véase Jn 19:34), cuando organicemos intencionadamente nuestras vidas familiares según la ofrenda eucarística de Cristo.

## **De testigos de la vida a la Palabra de Vida**

El testimonio diario del amor que se entrega en sacrificio ofrece a los niños una experiencia de Dios indispensable. Pero la realidad de Jesucristo es que la Palabra se hizo carne: él es tanto *carne*, o experiencia tangible, como *Palabra*, la verdad del padre proclamada eternamente. Debemos expresar ambas realidades con nuestras vidas y palabras. La manera en cómo hablamos acerca del futuro, cómo tomamos decisiones, cómo planificamos nuestras

actividades. . . en todo esto queremos que nuestros hijos lleguen a conocer explícitamente que lo que importa no es lo que queremos, sino lo que Dios, en su providencia amorosa, quiere para nosotros.

La Eucaristía es el himno de alabanza del Hijo al Padre; la gratitud es esencial en el ritmo eucarístico. Dado el egoísmo de los niños tenemos que, deliberadamente, ayudarlos a que reconozcan las cosas buenas que les gustan, dándole gracias a Dios Padre por ellas, especialmente en la oración de antes de irse a dormir.

Los padres de familia ayudan a sus hijos a reconocer que las acciones de la familia no son algo que se hace al azar, sino que más bien están incorporadas al plan divino y eterno para la salvación del mundo. Cuando una familia vive como iglesia doméstica, entonces ofrece a Dios intencionadamente sus oraciones, obras, gozos y sufrimientos como un sacrificio de dulce fragancia (véase <http://www.apostoladodelaoracion.com/> para diversos ofrecimientos diarios).

La catequesis en familia hace que la oración de la familia sea más profunda y se alimente de ella. Los padres de familia no solo tienen la opción de enseñar la fe a sus hijos, sino que es su derecho y obligación hacerlo. Tal catequesis debería entrelazarse con la vida diaria y los acontecimientos domésticos deberían ser interpretados a la luz de la sabiduría cristiana.

## **Evangelizando y apoyando a los padres de familia**

Esta catequesis doméstica es muy gratificante, pero también puede intimidar. Muchos padres de familia no se sienten preparados para enseñar a sus hijos ya que ellos mismos carecen de conocimientos catequéticos. Otros padres, aun estando bautizados, tienen una relación muy tenue con la Iglesia, lo cual refleja la necesidad de tener un profundo encuentro con la Persona de Cristo.

Las parroquias deberían intentar activamente evangelizar a los padres de familia, incluso a los bautizados, como parte de sus programas de promoción de la nueva evangelización. Las parroquias también deberían apoyar a los padres de familia en su labor catequética. La mejor preparación para la catequesis tiene dos aspectos: conversión de vida y conocimiento de la verdad. Hemos observado un gran hambre de la verdad católica por parte de los laicos. Cuando se les presenta y explica el *Catecismo de la Iglesia Católica* estos responden con entusiasmo y gratitud. Los padres de familia en casa y los catequistas en nuestros salones dicen que la confianza en sí mismos a la hora de llevar a cabo su apostolado catequético aumenta dramáticamente después de hacer

recibido una introducción intensiva del *Catecismo*. Y lo que es más importante, dicen haber establecido una mayor intimidad con el único Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

## **Un amor más profundo que el tiempo**

Cuando recibimos la Eucaristía somos llevados a un amor que trasciende el tiempo. La eternidad es esa fuente ilimitada de amor, el Padre y el Hijo unidos y derramándose en su Espíritu Santo de amor: un amor que es siempre joven, que no falla, que no se cansa, que no traiciona, que no cae presa de la muerte. Este es el amor fiel del que tenemos hambre y sed. Este es el amor que se hace realmente presente en la Eucaristía.

El amor sacrificial de Jesús está, de alguna manera, misteriosamente, siempre presente. Antes de que cualquier nube molecular se colapsara en llamas en las primeras estrellas, existía el amor, ofreciéndose a nosotros sin defensas, sin reservas. El verdadero amor es el tejido del universo, el deseo más profundo de nuestro corazón: Jesucristo, el mismo ayer, hoy y siempre.

---

*Copyright © 2011, Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, Washington, D.C. Todos los derechos reservados. Se permite la reproducción de esta obra sin adaptación alguna para uso no comercial.*

*Los textos de la Sagrada Escritura han sido tomados del Leccionario © 1976, 1985, 1987, 1992, 1993, 2004, Conferencia Episcopal Mexicana; y de la Nueva Biblia de Jerusalén © 1998 Editorial Desclée De Brouwer, S.A., Bilbao.*

*Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica, segunda edición, © 2001, Libreria Editrice Vaticana–United States Conference of Catholic Bishops, Washington, D.C. Reproducidas con permiso. Todos los derechos reservados.*

*Textos del Misal Romano © 1975, 2003, Conferencia Episcopal Mexicana. Reproducidos con permiso. Todos los derechos reservados.*